

GANADORES DEL CONCURSO DE RELATOS

“CUÉNTAME PORTILLO”

CATEGORÍA INFANTIL

GANADORA: EVA ANDRÉS FERNÁNDEZ (1º C)

ACCÉSIT: ALBA GARCÍA GÓMEZ (1º C)

CARLA SÁNCHEZ SÁNCHEZ (1º C)

RAQUEL GUTIÉRREZ MARTÍN (1º B)

CATEGORÍA JUVENIL

GANADORA: SARA ARRIBAS FERRERO (3º B)

ACCÉSIT: ESTÍBALIZ GONZÁLEZ CATALINA (3º B)

CLAUDIA SOBRADILLO CUBERO (3º B)

ENRIQUE JIMÉNEZ CASTILLO (3º B)

RELATOS GANADORES
(ORIGINALES PRESENTADOS POR LOS ALUMNOS)

CATEGORÍA INFANTIL

GANADORA: EVA ANDRÉS FERNÁNDEZ (1º C)

EL PASADO NO SE OLVIDA

Querido diario: hace seis años que no te encontraba y no te he vuelto a escribir, pero ya que lo he hecho, voy a contar lo que me sucedió en primero de secundaria, cuando cambias de amigos, y se abre una nueva etapa de la vida ante nuestros ojos.

Yo era una chica “normal”, de estas que tienen su grupito de amigas en el instituto, de las que se sientan por la parte de atrás en clase y nunca quiere destacar levantando la mano, era más bien una chica tímida. Pero tenía un secreto que me daba reparo contarle a mis amigas y esto es lo que no me hacía ser normal del todo.

Un día quedamos todas en casa de Helena. Las otras chicas querían jugar a un juego que a mí me parecía estúpido desde que lo conocía, llamado “la botella”. Teníamos que decir nuestros secretos más ocultos tan solo para que sirviesen de cotilleo o para reírse de las demás. La dichosa botella giró y giró. Cuando llegó el instante de freno, apuntaba hacia mí, en ese instante todas me miraron fijamente esperando a que dijese mi gran secreto oculto.

Rato después reaccioné y sin pensármelo dos veces allí lo solté.

–Soy capaz de tener visiones del futuro.

Pero en ese momento se miraron las unas a las otras y se echaron a reír.

Alejandra dijo con su voz aguda y burlona:

-Claro, ¿tengo cara de estúpida? Si se supone que eres vidente, demuéstremelo.

–Está bien, yo lo intentaré pero necesito concentrarme y un completo silencio porque a mí estas cosas no me salen así, por casualidad.

Ellas se rieron pero me hicieron caso y en la casa ya no se oía nada. Me concentré con todas mis fuerzas, cerré los ojos y allí, en mis parpados podía verlo, en cuanto acabó mi visión abrí los ojos y dije a mis amigas:

-Mañana cuando entremos a clase de inglés una persiana se caerá al suelo y golpeará a Enrique en la cabeza.

Esta fue una de mis visiones más estúpidas pero en ese instante no se rieron y Alejandra dijo:

-Pues si esto es así habrá que avisar a Enrique y que no le pase nada grave.

Al día siguiente, todas entraron impacientes a clase esperando el gran momento, entonces Enrique se sentó y cuando empezó la clase, de repente, la persiana cayó al suelo golpeándole la cabeza.

Mis amigas estaban asombradas de lo sucedido, al salir de clase fueron corriendo hacia mi preguntándome cómo lo había hecho, a qué se debía y que les dijese más cosas interesantes de las que podían llegar a pasar. Fueron tan superficiales que ni se preocuparon por el pobre Enrique. Dos días después las chicas no dejaban de atormentarme diciendo cosas como que si debían estudiar para el examen o podían sacar buena nota sin hacerlo, otras se iban a cosas lejanas que no podía llegar a ver con claridad, como, Helena preguntándome que si triunfaría en la vida, que si sería guapa, que si encontraría el amor...

Cada día me iba más enfadada a casa, porque parecía que mis amigas solo me querían por el interés de su futuro. Fue entonces cuando me cansé y Helena venía tan contenta como siempre hacia mí, dispuesta a preguntarme más y más cosas que me agotaba decirle y que siempre tenían que ser de su agrado, esta vez ella me preguntó:

-Mañana, mi madre me va a llevar al centro hípico de mi tío y quiero saber si me acordaré de cómo se monta a caballo después de que haya pasado tanto tiempo de lo sucedido. Me concentré y por mis ojos pasó una de las peores visiones de mi vida, el futuro de Helena corría peligro. Por un instante me quedé con la mente en blanco mientras Helena me gritaba constantemente para que le dijese lo que ella quería saber, pero fue entonces cuando le dije:

- Estate tranquila, nada va a pasarte y claro que te acuerdas, eres una de las mejores en todo. Ella se marchó tan contenta y triunfante como de costumbre, mientras yo estaba metida en mis pensamientos y en cómo podía evitar que eso pasara.

Esa misma noche tuve una pesadilla: era mi visión, en la que Helena se subía a un caballo demasiado fuerte para su nivel y entonces, se la escaparon las riendas entre sus finos dedos cuando ella instantáneamente cayó al suelo y se dio un fuerte golpe en la cabeza, que la dejó inconsciente.

El sábado por la mañana le pedí a mi padre que me llevase a la finca para intentar detener ese trágico final pero para cuando yo había llegado ya había una ambulancia llevándose a mi amiga al hospital.

Me sentía fatal por lo sucedido, pensando que todo había sido culpa de una mentira que me

había dado por contar, los padres de Helena, los profesores, mis amigos, todos estaban derrumbados por lo que allí había ocurrido.

Nadie sabía que todo había sido en parte culpa mía excepto yo, que me hacía sentir aun peor de lo que estaba. Todas

esas noches en vela pensando en Helena, para poder tener una buena visión que salvase su futuro, pero eso, de nada servía es como si me hubiese quedado en blanco. Dos semanas después a las seis de la tarde como siempre, yo iba al hospital a verla pero de pronto ese día fue distinto.

La sala de espera estaba con gente que no conocía de nada y que no tenían pinta de ser familiares de Helena. Después de una hora de espera aquello me resultó ya muy raro, fui a la habitación 248 en la que se encontró Helena durante esas dos semanas con los complejos aparatos de oxígeno, cuando entré allí no había nadie, me quedé asombrada, corrí hasta la portería donde se encontraba una enfermera.

– La chica de la habitación 248, ¿dónde está? ¿Se ha ido a casa?

–Ojalá pequeña, ojalá.

–¿Dónde está?

Insistí entre lágrimas.

–Estate tranquila ahora está en un mundo mejor.

No aguanté ese momento y me eché a llorar sobre el ramo de flores que traía a Helena de la mano como solía hacer. Otros médicos que pasaron por allí me intentaron consolar diciéndome que no había sido culpa mía, pero yo sabía que sí lo había sido.

Con este trágico pasado cometí el mayor error de mi vida, tan solo con una mentirijilla, desde ese momento aprendí que hay que decir siempre la verdad aunque esto duela, pero no dolerá tanto como la pérdida de alguien al que quieres.

ACCÉSIT: ALBA GARCÍA GÓMEZ (1º C)

POR AMOR

¿A qué edad vive una pareja la plenitud de su amor? Esa es mi pregunta.

¿Adolescentes, adultos, que tienen sus discusiones pero que siempre se arreglan con un buen bizcocho casero en ese tan esperado por todos fin de semana, o ancianos, que aprovechan todo su tiempo estando el uno junto al otro?

Yo no tengo la respuesta, pero no es malo tener esta historia en cuenta, nunca se sabe.

Una joven pareja, Blanca y Gabriel, vivían en la plenitud de su amor.

Recién casados, no podían ser más felices y tan diferentes. Blanca era una mujer venida de pueblo, acostumbrada a la naturaleza y no era raro verla de aquí para allá, si no era haciendo alguna tarea, paseando por el campo o realizando alguna excursión. Gabriel, un hombre tranquilo venido de ciudad, le gustaba quedarse en casa leyendo. ¿Pero leyendo qué? Leyendo lo que fuera, libros de todo tipo: novelas de aventuras, románticas (nunca lo admitió, pero no se resistía a una buena llorera por algún libro de este tipo), de ciencia ficción, de monumentos históricos, de grandes historiadores, mapamundis, revistas de moda, de casas, de deportes, el periódico. Esto tampoco lo admitió nunca pero las revistas de cotilleo también le gustaban, ya que podía ser peor que un montón de mujeres en una peluquería.

Pero hay una cosa que no podían remediar, por muy diferentes que fueran, a ella la gustaba acurrucarse al lado de Gabriel y verle leer mientras escuchaba los latidos de su corazón, y a él, por muy casero que fuera, le gustaba salir al campo y disfrutar de la naturaleza con Blanca.

Aunque había una cosa que tenían en común; a ambos les gustaba viajar. Viajar para ver museos, viajar para disfrutar de los restaurantes y de la comida típica de los lugares que visitaban, viajar para descubrir nuevas costumbres y religiones. En definitiva, viajar para aprender.

Nada más casarse, después de muchos viajes juntos, decidieron mudarse a un pequeño pueblo costero, en una acogedora casa desde la que se podía ver la playa, con la arena blanca y suave como el algodón y un mar de aguas cristalinas reflejado por un cielo puro y azul.

Les gustaba mucho esa casa. De paredes blancas, y espectaculares vistas, contaba con una espaciosa terraza, a la cual se podía salir desde su habitación.

A Blanca le gustaba porque se encontraba cerca de la naturaleza y a Gabriel porque al tener unos grandes ventanales, entraba mucha luz natural, algo que a él le encantaba, ya que era ideal para leer.

Durante el verano salían a comprar, se bañaban en la playa y daban largos paseos alrededor del faro, por la orilla del mar, o en el acantilado. En invierno se quedaban los dos en casa, tumbados en el sofá y tapados con una manta. Eran muy felices.

Una noche en la que Gabriel no podía dormir, se asomó a la ventana y desde allí vio, en la playa, a una hermosa mujer de rasgos finos y elegantes.

Como atraído por un hechizo, Gabriel bajó las escaleras, e, inconscientemente, llegó a la playa para reunirse con aquella extraña mujer.

Sin dar explicaciones de qué hacía allí ni decir quién era dejó que Gabriel la mirara, preso de su encanto y belleza.

Noche tras noche, Gabriel bajaba las escaleras y se quedaba admirando, en la orilla del mar a aquella extraña mujer, y todas las mañanas, se despertaba sin recordar nada.

Todo esto sucedía a espaldas de Blanca y, bien pensado, también de Gabriel.

Una noche, Blanca despertó y llamó a Gabriel sin encontrar respuesta. Buscó entonces por toda la casa. Ni rastro.

Al volver a su habitación, llena de desesperación y desasosiego, miró hacia la ventana y vio en la playa a su marido con una mujer muy bella.

Salió de casa y escondida, vio cómo su amado esposo, embobado, admiraba a aquella mujer, sin mediar palabra.

Presa de un ataque de celos y de pánico, y con una extraña sensación de dolor, odio y traición en el corazón, salió de su escondite y miró a su marido fijamente a los ojos.

Él le devolvió la mirada y aquel encanto que le tenía sometido desapareció.

-¿Qué ocurre?- fue capaz de articular, quedándose quieto, sin acabar de comprender lo que ocurría.

-Yo te lo explicaré- dijo entonces una voz dulce como los ángeles y suave como una brisa de verano, pero cargada de sufrimiento e ira - tú has acudido todas las noches a mi llamada, dejando a tu mujer sola y desamparada.

Sin poder creer lo que oía, Gabriel preguntó:

-¿Y cómo es eso, si yo no puedo recordar nada de lo que dices?

-Si me ves capaz de atraerte hasta mí con tan solo mi presencia, ¿cómo no iba a ser capaz de hacer que lo olvidaras?

Él miró a Blanca y comprobó todo el sufrimiento que la estaba causando, y que ahogaba a ambos en una profunda grieta bajo el fondo del mar de la que no podían salir.

Una porque se sentía traicionada, y otro porque se sentía culpable de que ella se sintiera así.

Aquella mujer les miraba con cara de triunfo, como si hubiera estado planeando aquello desde el primer día en que se mudaron. Blanca se percató de ello.

-No tienes vergüenza, ya que, no solo nos engañas haciéndonos peones de un juego en el que no queríamos participar, sino que además disfrutas con ello, cuando ni siquiera nos conoces.

-Sí, os conozco, desde que llegasteis aquí os he estado observando. He visto que os queréis y que sois felices por ello, algo que yo tuve pero que ya nunca podré recuperar. Por ello os he reservado un destino para vosotros terrible, ya que para mí en su momento lo fue. Os arrebataré vuestro amor.

Dicho esto, una luz les cegó y Blanca apareció convertida en una hermosa ave nocturna, la lechuza blanca, mientras que Gabriel se vio envuelto en el cuerpo de un águila.

Aquella misteriosa mujer pretendía separarles por completo.

Pero la pregunta que yo hago es, ¿por qué?

Muy sencillo, pero solo se puede resolver con otra historia.

``Sandra, una joven recién casada, era feliz con su amado esposo.

Pocos meses después de casarse, Sandra culminó su felicidad con la futura llegada de su primer hijo.

La pareja estaba muy ilusionada y enseguida comenzaron a hacer planes de como sería su vida con la llegada del bebé, el nombre que le pondrían, cual sería su habitación, los juguetes que le comprarían, los cuentos que le leerían.

-Será niño de igual de valiente que su padre- decía ella

-Será niña e igual de lista y bella que su madre- decía él

Sandra se encontraba embarazada de ocho meses cuando ocurrió la desgracia que acabó con todas sus ilusiones de golpe y, donde ninguno de los dos pudo hacer nada para evitarlo.

Sandra bajaba por las escaleras, cuando, en un desafortunado tropiezo, cayó.

La llevaron inmediatamente al hospital, ya que el golpe la obligó a dar a luz prematuramente.

Tuvieron que practicarla una cesárea, pero todos los esfuerzos fueron inútiles.

El niño nació muerto.

Desde aquel momento toda la felicidad que había llenado todos los rincones de la casa de Sandra y su marido, desapareció por completo. Todas esas risas se marcharon fuera de su hogar, y ni Sandra ni su marido volvieron a ser los mismos.

Él intentaba complacerla, pero su pena era demasiado grande como para que ni tan siquiera bonitos regalos y atenciones pudieran llenar el vacío que desde entonces ocupaba el corazón de Sandra.

Eran infelices, eso estaba claro. Ella se sentía culpable por la muerte de su tan esperado hijo, y él se veía inútil al no poder hacer nada para evitar que ella se sintiera tan desdichada.

En un ataque de locura, el amante esposo, acabó con su vida, disparándose en el corazón.

Semanas después Sandra desapareció, dejando todo atrás y sin que nadie pudiera explicar dónde había ido.

Así es como Sandra empezó a vagar alrededor del mundo buscando parejas que fueran felices, ya que, después de perder a su marido, se prometió a sí misma que si ella no había podido ser feliz con su familia, nadie lo sería.

Cuando encontró a Blanca y a Gabriel, por un momento, tan sólo por un momento, su corazón se llenó de nostalgia y recordó aquél tiempo de felicidad. Recordó aquellos momentos, porque Blanca y Gabriel le recordaban mucho a su marido y a ella misma, pero no podía olvidar la promesa que se hizo, ya que después de tanto sufrimiento, no iba a dejar que su añoranza, fuese la causa del incumplimiento de ésta.

Les vigiló durante meses, y esperó el momento oportuno para acabar con la felicidad que unía a la pareja.

Lo que Sandra no comprendía es que por mucho que a una le convirtiera en ave nocturna, y al otro en ave diurna, no conseguiría jamás acabar con su amor.

Por lo que sé, ahora mismo, cada uno en su forma animal, es feliz, ya que han encontrado la manera de poder seguir viéndose, el amanecer.

De Sandra no he recibido noticias, y aunque no sé donde se encuentra en este momento, intentaré seguir sus pasos para narrar las historias de amor que tiene preparadas para mí, y es que en el fondo de su corazón, por mucho que haya cambiado, sigue siendo una romántica y,

al igual que nadie consiguió ni conseguirá destruir el amor que une a Blanca y a Gabriel, nadie conseguirá jamás que Sandra deje de creer en el amor por muy dispuesta que esté en acabar con él.

Una última anotación, aunque yo solo soy una niña y no entiendo de historias de amor, sé que contra dos personas que se quieren de verdad, no hay nada que hacer si se pretende separarles

En cuanto a mi pregunta del principio, creo que ya la he resuelto.

Reflexionemos. Yo creo que un amor verdadero vivido a la edad que se viva, siempre va a ser especial.

Pueden ser historias de amor tristes, alegres, historias que se viven en secreto, historias que te pueden llenar de alegría o pena, de felicidad o de tristeza. Y me voy más allá de las historias de amor. Me voy a las historias en general, pues para eso estoy aquí. Te pueden hacer sentir nostalgia de aquel cuento que te contaba tu papá cuando eras pequeño, te pueden hacer llorar si tu corazón no es de piedra, te pueden hacer sentir importante, al narrar hechos que son especiales para ti, te pueden hacer sentir únicos, te pueden hacer sentir valientes, si cuentan las historias de un importante guerrero, o, por el contrario, te pueden hacer sentir malos, si prefieres las historias de piratas.

Hay tantas posibilidades y todas ellas infinitas.

Al terminar esta narración hago una segunda y última anotación: esta historia comenzó gracias a una pregunta.

ACCÉSIT: CARLA SÁNCHEZ SÁNCHEZ (1°C)

RECUERDOS

Mi familia lleva viviendo en Portillo desde la época en la que vivían mis tatarabuelos.

Llevamos tanto tiempo aquí que hasta nos sabemos cada calle y cada casa.

Todo me iba fenomenal, tanto en el instituto, como con mis amigos y amigas. Todo era maravilloso ... hasta que un día vino mi padre de trabajar y nos dijo:

-Hola, traigo malas noticias...-Dijo muy triste.

-Hola, ¿de qué se tratan esas noticias?-Respondió mi madre.

-Nos ha dicho nuestro jefe que nos tenemos que trasladar a Argelia, porque nuestra empresa no tiene trabajo aquí en España...

-¿Pero nos tenemos que ir todos?-Pregunté yo.

-Pues me temo que sí.-Dijo mi padre.

-Pero, ¿para un tiempo, o para siempre?

-Para siempre, hija, para siempre...

En esos momentos palidecí. Dejar a mi familia, dejar a mis amigos, dejar el instituto...

Algún día he visto en la tele que la gente tenía que trasladarse a otros países por la crisis económica, pero nunca pensé que me iba a pasar a mí...Parece mentira que hayan venido inmigrantes a España a buscar trabajo, y ahora tengamos que emigrar nosotros a otro país por el mismo motivo...

Recuerdo que lo que más nos gustó a mi hermana y a mí, fue el viaje en avión porque nunca habíamos montado en uno de ellos.

Después de varios meses viviendo en Argelia me di cuenta que allí la vida es muy diferente que en España. La gente es muy pobre, sin sitio donde vivir, sin lugar donde dormir. En el instituto me lo paso muy bien con nuevos amigos y amigas. Los ordenadores son muy viejos y muchos de ellos están estropeados, el mobiliario es mucho más antiguo que en el instituto de allí y también hay menos profesores.

La casa en donde nos hemos alojado es mucho menos lujosa que la que teníamos en España, no hay cocina en condiciones ni una bañera decente.

Los nuevos amigos no tienen juguetes, y prácticamente nada para jugar, lo que me ha servido para apreciar mucho más las cosas que antes tenía. En las tiendas todo es mucho más barato que en España, pero de menor calidad.

Mi padre se ha incorporado a su nuevo trabajo bastante bien, y mi madre por suerte ha encontrado un trabajo que le gusta, pero mi hermana no se ha adaptado nada bien en el colegio, ya que al tener otro idioma le cuesta mucho entender las explicaciones de su profesor y a al resto de compañeros, igual que a mí. Tenemos tres idiomas, y aparte debemos mantener nuestro castellano.

Al cabo de un tiempo, decidimos hacer una ruta para conocer el país. Nos fuimos a una ciudad llamada Argel. Estuvimos en el puerto, viendo los grandes barcos que llegaban, era muy bonito. Después fuimos a Orán, visitamos su puerto, el centro de la ciudad, donde vimos monumentos muy bonitos, también la alcazaba, donde había una vista impresionante, y la mezquita con su gran cúpula y salas para orar. Cuando volvimos a casa estábamos todos muy cansados, pero muy contentos por haber descubierto cosas nuevas y maravillosas del país donde vivíamos.

Después de cenar, les pregunté a mis padres:

-Papá, mamá, ¿podríamos ir alguna vez de vacaciones a Portillo?

-Claro que sí, algún día iremos, estaremos con toda la familia y haremos una fiesta.-Dijo mi padre con cierta alegría.

-¡Ah! ¡Vale! ¡Qué bien! Es que creía que nunca volveríamos.

-Pues claro que sí, hija, tú de eso no te preocupes, que volveremos.

-Y también podré ir a ver a mis amigos ¿no?

-¡Jajajaja! Podrás estar con ellos todo el tiempo que quieras.

-¡Bien! ¡Pues preparar los pasajes en cuanto podáis que nos vamos de vacaciones!

-¡Eh, eh, eh! ¿Dónde vas tan rápido? que con lo que vale el viaje de ida y vuelta, vamos a tardar bastante tiempo en ahorrar el suficiente dinero para ir a Portillo de vacaciones.

En esos momentos me dejé caer en el sofá y empecé a llorar.

-¿Pero qué te pasa?-Dijo mi madre sentándose a mi lado.

-Pues que yo ya no aguanto más. ¡¡¡¡¡Echo muchísimo de menos a mi familia y a mis amigos, y quiero volver!!!!

-Ya, pero es que a papá le han trasladado aquí porque no hay trabajo en España, hija, si nos hubiéramos quedado en España, ahora mismo no tendríamos dinero para vivir.

-Bueno, prométeme que pronto iremos-dije, un poco más calmada.

-Te lo prometo - contestó mi madre.

Pasó el tiempo y esa promesa nunca llegaba. Todos los veranos mis padres tenían que seguir trabajando, y mi hermana y yo fuimos creciendo. Yo estudié una carrera y encontré trabajo de profesora de español en un colegio, me casé y tuve dos hijos. Mi hermana también se casó y es enfermera en un hospital. Mis padres se jubilaron y por fin con los ahorros de toda una vida pudimos volver un verano a nuestro pueblo de España: Portillo.

Habían pasado veinte años, ya no reconocía mi pueblo, no recordaba mi casa, el pueblo no era el mismo, había casas nuevas, no conocía a nadie, mis abuelos habían fallecido y mis tíos y primos ya no vivían allí. Recordaba vagamente el instituto, pero cuál fue mi sorpresa que cuando lo vi: estaba en ruinas y abandonado. No encontré a mis amigas, todas habían marchado. La pena me invadió, tanto tiempo deseando que llegara este momento y resulta que todo lo que había imaginado y soñado, ya no estaba. Un día vi a mis padres sentados en el jardín, felices, como cuando vivíamos aquí, me di cuenta que su hogar estaba aquí y que ya no regresarían conmigo a Argelia, se lo habían ganado después de haber trabajado tanto. Vi a mis hijos en la calle jugando con otros niños, y esto me trajo recuerdos de mi niñez que nunca olvidaré.

Ahora he vuelto a Argelia sin mis padres, a mi casa, a mi trabajo, a mi vida, pero siempre estará en mi recuerdo mi pueblo, mi querido Portillo.

ACCÉSIT: RAQUEL GUTIÉRREZ MARTÍN (1ºB)

LA VERDADERA HISTORIA DE LOS CHUPASANGRE

Érase una vez que se era, hace mucho tiempo...

- Póngame una copa, por favor.
- ¿De qué?
- De cero negativo, por favor.
- Marchando.

Isabella Drácula, como todas las tardes, estaba tomándose una copa en el bar, con todos sus amigos, es decir, todo el que habitaba allí. Vampirovilla era un pueblo muy tranquilo. Todos los habitantes se conocían y se querían, eran como una gran familia. Eso sí, por si no habéis caído aún en la cuenta, se trataba de un pueblo de vampiros.

Vampirovilla estaba situado en una isla al norte de Rusia, casi en el polo. Era tan pequeña, que solo cabía ese pueblecito en ella, y por eso, estaba completamente aislada del resto del mundo. Siempre hacía un frío capaz de congelarte los dedos de los pies llevando cinco capas de calcetines. Entonces, al no poder estar apenas en la calle por miedo a que alguno se muriera de hipotermia, todos, niños y padres, pasaban las tardes juntos en aquella taberna, cuyo nombre no soy capaz de recordar.

A menudo, Vlad, el hermano pequeño de Isabella, se dedicaba a contar historias de miedo espeluznantes a los niños más pequeños, que salían corriendo a llorar a los brazos de su madre. Pero nunca hubo una historia más escalofriante como la que contó en su sexta noche de Halloween.

- Imagínense que van andando tan tranquilamente por la calle, una noche de Halloween como esta... cuando los seres naturales se despiertan. Con tan solo esas simples palabras, ya había conseguido que muchos de los presentes empezaran a asustarse. Y me refiero, a que va solo, caminando hacia su casa, con todas esas horribles criaturas siguiéndole, sin que usted se dé cuenta. Y entonces... aparece la más cruel de todas las criaturas: esas que se hacen llamar humanos. Aquella que sigilosamente te tira al suelo, y te apunta con una especie de arma, sin ni siquiera darte tiempo a reaccionar y convertirte en murciélago, y lo peor de todo, es que se bebe tu...
- ¡Ya está bien, Vlad, ya está bien! Dijo la Señora Drácula, roja de la ira, agarrando a su hijo del brazo, y arrastrándole hacia fuera del bar, dejando tras ella a todo el pueblo atemorizado.

- ¿Ves normal inventarte ese monstruo tan horrible? ¡Que sea la última vez que escandalizas a nuestros amigos con esas chorradas!
- Mamá, es verdad, les he visto en la orilla del mar, tienen armas peligrosas, y beben...
- ¡Que te calles! Vuélvete a casa tú solito, ya verás que no te atacan. La Señora Drácula volvió a entrar a la taberna, y Vlad se quedó solo en la puerta. Estaba enfadado con su madre; le hervía el agua. Mm, ¿de qué os sorprendéis? ¿acaso no lo sabíais? Por las venas de los vampiros, corre agua. ¿En serio no lo sabíais...? Bueno, volviendo a lo que estaba contándoos, Vlad volvió solo a casa, un poco asustado, consciente de que en cualquier momento podría ser atacado por un humano.

Unos meses después, cuando Vlad quedó libre del castigo, él e Isabella fueron a la taberna a jugar con los otros niños del pueblo. Después de hacer un poco la pelota a los padres, consiguieron que les dejaran salir a la calle, eso sí, en forma de murciélago. Los niños, felices, volaron por el cielo hasta la orilla, contándose chistes y jugando, cuando de repente vieron aquella catástrofe: un barco, no muy grande, se chocó contra la isla. Los niños, asustados, sin saber qué había pasado, fueron a avisar a sus padres, y entre todos los aldeanos, ayudaron a salvar al que fue el único superviviente. Le llevaron al bar, y no tardó mucho en despertarse. Todo el pueblo, aliviado, le dio la bienvenida y le ofreció cobijo. Él les explicó que se llamaba Óscar, y que su barco, que venía desde Finlandia, tuvo problemas con aquella isla que él no había oído hablar antes de naufragar en ella.

Como no había ninguna casa deshabitada, todos decidieron que cada día dormiría en una casa hasta que hubieran construido una nueva. El primer día, Óscar tenía que dormir en casa de Vlad, al que desde un primer momento, no le había gustado nada. Y todo lo que aquel inteligente niño había pensado, se demostró en la hora de la cena, cuando el invitado pidió agua para beber. Al principio el Señor y la Señora Drácula se lo tomaron a broma y le ofrecieron un vaso de sangre, pero cuando se dieron cuenta de que iba en serio... Óscar advirtió que eran vampiros, y corrió escaleras arriba y se encerró en el cuarto de baño.

Mientras, todos los demás miembros de la familia, fueron corriendo a la taberna a contar a los demás que el náufrago se trataba de un humano que bebía agua. Ninguno de los presentes sabía qué hacer, todo aquello era muy precipitado, pero después de hablarlo detenidamente, decidieron ayudarlo a adaptarse a lo que ellos pensaban que era una vida normal, enseñarle a vivir a base de sangre y no de agua, y de eso modo, poder vivir más tranquilos. Pero de repente, sin apenas dar tiempo a reaccionar a esos inocentes vampiros, Óscar irrumpió en el bar y disparó a todos y cada uno de los habitantes de Vampirovilla,

matándoles en un instante, para luego gritar “Vampiros, sufrid.” Solo Vlad fue capaz de sobrevivir, viendo horrorizado la atrocidad que aquel individuo había causado, y llenándose de ira. A los pocos meses, cuando Óscar ya había robado todos los bienes valiosos de aquella gente y había arreglado su barco, se decidió a embarcar de nuevo hacia Finlandia, y obviamente, Vlad subió al barco a escondidas. No puedo explicar exactamente lo que le pasó a aquel chico, no sé si fueron todas esas historias de miedo, o si fue aquella horrible escena que tuvo que vivir, pero se volvió completamente loco, y al desembarcar, se convirtió en el primer vampiro que chupó la sangre a un humano. Óscar murió en el acto. Pero allí no se detuvo. Su padre le había dicho muchas veces que había un lugar, al sureste de Europa, donde había otro clan de vampiros, y allí se dirigió lo más sigilosamente que le fue posible. Cuando llegó a aquella ciudad, llamada Transilvania, y contó la historia a sus familiares, le nombraron conde. Y bueno, supongo que todos conocéis al famoso Conde Vlad Drácula y sus fechorías. Pero todas ellas tienen una explicación. Cuando mataron a Drácula, el resto de vampiros que vivían con él emigraron a todas partes del mundo, y hoy día siguen viviendo ocultos en ciertos lugares. Esta es la verdadera historia de los vampiros.

Pero, no sé si os percatáis de que...no quiero simplemente contaros una interesante historia sobre chupasangres. Quiero enseñaros una lección, porque, si os dais cuenta, los vampiros no quisieron hacer daño a nadie, hasta que fueron atacados. Con esto intento deciros que a veces atacamos egoístamente a quien viene en son de paz.

CATEGORÍA JUVENIL

GANADORA: SARA ARRIBAS FERRERO (3º B)

AMBER

Habían pasado casi ocho años desde la primera vez que la vi. Yo tenía unos diez años, y recuerdo que lo primero que pensé fue que era bonita. Lo segundo que recuerdo es que estaba enamorado de ella.

Y es que no hacía falta tener muchas luces para darse cuenta de que Amber era excepcional. Y no solo por su carácter, o su aspecto físico, tenía algo... algo que atraía a la gente. Estaba en sus ojos, en su sonrisa...

Yo solía “protegerla” de sus admiradores, que parecían salir de debajo de las piedras. Ella me lo agradecía, aunque estoy seguro de que en el fondo, ella sabía que alejaba a los chicos por celos.

Quizás no me lo echaba en cara porque sabía que yo estaba loco por ella, y se sentía culpable por no corresponderme.

En una ocasión, cuando tenía quince años, no pude aguantarme y la dije que la quería. Ella sonrió, me abrazó y dijo “Y yo a ti Miguel, eres mi mejor amigo”. Estoy seguro de que si algún chico se enterara de esto pensaría que soy tan solo un patético “pagafantas”, pero la verdad es que no me importa. Cuando un chico conoce a una persona como Amber, lo único que quiere es estar junto a ella, ya sea como novio, como amigo, o como hermano.

Podría escribir mil páginas sobre las cualidades que adoraba de Amber, pero desde luego, la que más me gustaba era su optimismo. No dejaba que nada la hundiera. Incluso cuando murió su madre, no dejó que esto la afectara. Se secó las lágrimas, se colgó en el cuello un camafeo con una foto de ella, y comenzó a desempeñar todas aquellas tareas que su madre hacía en vida; desde cuidar la casa hasta cuidar de su padre, Javier, que, de no haber sido por Amber, probablemente no se hubiera recuperado de la muerte de su esposa.

Por esto y por otras muchas cosas, realmente me sorprendió su reacción cuando, estando en el hospital, el médico le dijo que probablemente tenía cáncer. Yo había estado con ella desde que empezó a encontrarse enferma. También la había acompañado en todas las pruebas, y ella siempre me sonreía, se burlaba de mi cara de preocupación y me decía que no era nada grave, que seguro que le recetarían dos pastillas y se le pasarían los males. Sin embargo,

todo había cambiado. La misma Amber que minutos antes había cruzado la puerta de la consulta sonriente, miraba hacia delante espantada, con cara de estar a más de mil metros bajo tierra. El médico intentó tranquilizarla, asegurándole que las pruebas no eran concluyentes, pero ella no le oía. No había acabado el médico de hablar cuando ella se levantó, le dio las gracias y salió de la sala. Yo la seguí y le di la mano, pero ella no se dio cuenta. Su mano estaba fría, fría como el hielo.

Sabía el porqué de tal reacción ante la palabra “cáncer”. Y es que, si la muerte de su madre no la hundió en su momento, y era absolutamente capaz de hablar sobre la difunta con total tranquilidad, no se daba el caso con la enfermedad que acabó con su vida. Porque no solo su madre, sino también su abuela y su tía habían padecido cáncer. Y ninguna había sobrevivido. Al sexto día de recibir la nefasta noticia, Amber parecía haber vuelto a ser la misma de siempre.

Puesto que esa tarde no tenía que ir al hospital, decidimos ir al cine, para relajarnos un poco. Prácticamente nos habíamos olvidado de nuestra situación cuando, al volver a casa de Amber, nos encontramos una nota junto al teléfono. Era de Javier. Ponía: “Han llamado del hospital, quieren que vayas mañana por la mañana. Dicen que ya tienen los resultados. Parece importante”. La nota nos sentó como un jarro de agua fría. Me apoyé en la pared, con miedo de desplomarme.

Amber intentó tranquilizarme, y no pude evitar sonreír amargamente. Se suponía que era yo el que tenía que consolarla a ella, y no al revés.

Entonces, no sé muy bien por qué, cometí el acto más estúpido e inoportuno de mi vida. La besé. Ella se apartó, como si mis labios abrasaran.

-¿Qué haces Miguel? ¡Tú y yo somos amigos!

A pesar de que ya esperaba esa reacción, sus palabras me sentaron como puñaladas.

-Ya, ¿y tú sabes lo que jode oír eso de la chica a la que quieres? -grité enfadado-.

Salí dando un portazo de su casa y monté en mi coche. A medida que conducía, el arrepentimiento me iba invadiendo, mas mi enfado proseguía. Nada más llegar a casa, me metí en la cama y puse los cascos al volumen más alto posible, para que la música me impidiera pensar.

Al día siguiente, lo primero que hice al despertarme fue llamar a casa de Amber. Contestó su padre, que me dijo que había ido al hospital. Al parecer había salido hacía tres horas, y no contestaba a sus llamadas. Parecía preocupado. Colgué sin despedirme.

Cogí el coche y fui al hospital. Una enfermera me dijo que Amber se había ido hacía horas. Volví a subir al coche, tratando de pensar. Intenté ponerme en el lugar de Amber. Si me acabaran de decir que la enfermedad que padezco no es grave, iría a celebrarlo, ¿no? Pero no, Amber no era así. Lo más seguro era que ella nos hubiera llamado a mí y a su padre, para darnos la buena noticia. ¿Y si por el contrario, me hubieran dicho que padezco la enfermedad que tanto temo? ¿Si creyera que el resto de mis días iban a consistir en someterme a un montón de tratamientos desagradables para, finalmente, morir? Me hubiera encontrado terriblemente asustado y deprimido. Lo suficiente para cometer alguna estupidez. ¿Y si Amber había asumido que iba a morir? ¿Y si había decidido que no quería luchar?

Arranqué el coche. Conducía por las calles a toda velocidad sin ningún rumbo concreto, buscando a Amber entre los peatones. La adrenalina y el miedo avivaban mis reflejos, mas no me dejaban razonar. Frené en seco. Tenía que pararme a pensar... vagar ansioso y sin una ruta premeditada sólo me ayudaría a conseguir, como mucho, una multa. Empecé a imaginar los lugares a los que iría yo si estuviera en su lugar. Probablemente, mi primera parada sería el metro. Arranqué el coche. Me pasé toda la tarde dando vueltas por la ciudad, sin encontrar a Amber. Había ido a todos los sitios que se me habían ocurrido (el metro, el puente, la autopista...) y ni rastro de ella. De vez en cuando llamaba a su móvil, o a su casa, pero nadie contestaba. Además, estaba atento a la radio, por si acaso oía alguna noticia referente a ella, pero nada. Llevaba buscándola cinco horas y seguía sin aparecer. Decidí volver a casa.

Estaba ya llegando a mi casa cuando la vi. Estaba sentada en mi porche, con cara de llevar allí mucho tiempo. Parecía que me había estado esperando. Bajé del coche y me acerqué despacio. Ella me miró a los ojos y me dijo “Tengo cáncer”. Apenas pude asimilar sus palabras, caí de rodillas y empecé a llorar. Ella me abrazó, consolándome y diciéndome que no era nada, que se iba a curar, mas yo sabía que eso no era verdad. De algún modo, mi corazón supo que Amber iba a morir antes de que se lodijeran los médicos.

Cuando ellos se lo dijeron, Amber no parpadeó, ni derramó una lágrima. Su padre, que no era tan fuerte como ella, lloró tanto que parecía que se iba a morir de pena. Yo intenté consolarle, mas no sirvió de mucho. La vida le había arrebatado el amor de su vida, y, ahora que parecía que ya lo había superado, había decidido llevarse también a su única hija.

Pasaron los meses y Amber iba de mal en peor. Al principio le bastaba con llevar una rutina sin excesos, pero finalmente, llegó hasta el punto de que no podía levantarse de la camilla del hospital. Yo la visitaba todos los días, y su padre y yo hacíamos turnos para velar por ella

por las noches. Ella siempre sonreía, y, aunque agradecía nuestra presencia, nos aseguraba que no necesitaba tantas atenciones. Pero día tras día veíamos cómo empeoraba y algo se iba apagando en su interior, como si la enfermedad quisiera arrebatarnos a nuestra Amber lentamente.

Finalmente, el día llegó. Yo estaba recostado en un rincón de la sala del hospital, tratando de descansar a pesar del llanto de Javier, que llevaba días llorando sin parar. Amber, que llevaba horas dormida se despertó en medio de una exhalación. Me bastó con mirarla a los ojos para saber que se iba a morir. Me acerqué a la camilla, y le di la mano. Amber comenzó a hablar.

-Oh Miguel, hay tantas cosas que quería vivir...

Su voz sonaba débil, y parecía que le costaba mucho hablar. Intenté que callara, pero ella prosiguió.

-¡Escúchame! Quiero que cuides de mi padre, está solo, y no quiero que sufra -la intensidad del llanto de su padre aumentó. El pobre Javier lloraba tanto que no podía hablar- Y díles a mis amigos que gracias por todo y...

-Tranquila -le dije mientras las lágrimas se deslizaban silenciosamente por mis mejillas.- yo me encargaré de todo, no es necesario que hables

-Espera, pero antes tienes que... -la tos interrumpió sus palabras- tienes que saber que te quiero, Miguel

-¡Pues claro que lo sé boba! -dije riendo y llorando a la vez- me lo dijiste, teníamos quince años y...

-¡No, así no! -me interrumpió- Yo te quiero de verdad Miguel, ¡te quiero! Y algún día me creerás.

Intenté responderle, pero el llanto no me dejaba hablar. Ella me acarició el pelo, y me atrajo hacia sí

-Estoy cansada, Miguel. Quiero dormir, pero me da miedo no despertar.

-Pues duerme mi amor, despertarás. Y cuando lo hagas yo estaré aquí, a tu lado, como he estado siempre. Ella sonrió y cerró los ojos. Y no volvió a abrirlos más.

A partir de ahí, todo se volvió borroso. Noté cómo el padre de Amber, que apenas podía sostenerse de lo que lloraba, me separaba del cuerpo vacío de ella. También noté que alguien me movía hasta mi coche. Y de algún modo, en un momento dado supe que estaba en mi casa.

Estuve días, quizá semanas en mi habitación, sin moverme, tumbado en la cama. De vez en cuando venía gente a visitarme, y a darme el pésame. Quiénes eran, y qué decían carecía de importancia. Así estuve hasta que, en un momento dado, desperté del trance en el que estaba. Me froté los ojos enrojecidos y miré por la ventana. No estaba seguro de si aquello que veían mis ojos era un atardecer o un amanecer, solo sabía que era precioso. Los tonos rojizos y azulados del cielo se fundían hasta convertirse en un precioso color ambar. Apoyé mi rostro en el cristal. Amber...

-Te creo, Amber -susurré- y te quiero y te querré siempre.

ACCÉSIT: ESTÍBALIZ GONZÁLEZ CATALINA (3º B)

LA ARMONÍA PERFECTA

Era muy difícil compaginar todo, 16 años, instituto, una reputación y una carrera de Música desde los 4 años.

Todos los días la misma rutina, a las siete y media sonaba el despertador, me levantaba, me preparaba y al instituto. Cada día pasaba algo nuevo y como de costumbre la misma regañina de siempre por parte de los profesores, no nos callamos, una rutina constante, pero de la cual te acabas acostumbrando. Llego a casa, como, y a las tres y media corriendo para poder llegar puntual a mis clases de conservatorio; lunes, miércoles y viernes de cuatro y cuarto a seis y media. Para mí el piano lo era todo, toda mi vida luchando por ello, por conseguir la armonía perfecta, sentir la música y un contrato para una compañía, ese era mi sueño. Normalmente sería fácil, una rutina, solo era acostumbrarse a ella. Yo era una chica normal y corriente, sacaba buenas notas, procuraba no bajar del sobresaliente, aunque a veces era inevitable. Pero un giro inesperado cambió mi vida por completo.

-¡Ha llegado! ¡Ha llegado! ¡Corre, Ana, ven!- mi madre estaba histérica, llevábamos esperando meses a que me llegara la carta tan deseada. Esa carta contenía mi futuro, hacía tres meses me había presentado para una audición para la compañía del Bolshoi, había una sola beca, tan sola una, era imposible, una oportunidad entre un millón.

-Dámela, no la abras, la quiero leer yo- le quité la carta a mi madre de las manos y me fui corriendo a mi habitación, estaba temblando, no sabía ni lo que me ocurría.

Poco a poco fui despegando la parte superior del sobre, saqué el papel que contenía la carta, y entonces lo leí. Empecé a llorar desconsoladamente, era mía, tenía la beca, después de 12 años de esfuerzo había conseguido lo que quería, supuestamente lo que quería...

Estuve una semana sin hablar a mis padres, ni a mi hermano, a nadie, recapacitando sobre lo ocurrido y me di cuenta de que mi vida había pasado como si nada, mi adolescencia se estaba perdiendo, y todo por una beca, ¿realmente me había merecido la pena? Ni yo ni nadie lo sabía, pero era hora de aprovechar al máximo el tiempo de libertad que me quedaba. Quería gritar, gritar tanto que ni la voz me salía, alegría y pena se juntaban dentro de mí sin saber qué hacer, cómo reaccionar o como seguir. Pero estaba harta, la carta del Bolshoi no contenía mi futuro, contenía el futuro que mis padres querían para mí, así que me

rebelé. Por una temporada pasé de estar con mis amigos de toda la vida y me fui con otra gente de la ciudad. Al principio todo estaba bien, salir por ahí, ir a bares hasta las tantas de la noche, beber... simplemente por el mero hecho de olvidar mis preocupaciones, pero la gente y los malos hábitos cambiaron mi rumbo. Dejé de ir a clase, tan solo iba cuando me daba la gana y tan solo para molestar, porque realmente no hacía otra cosa. Por supuesto, mis notas bajaron notablemente, los dieces y nueves brillaban por su ausencia, y los cuatros intentaban destacar sobre los doses y treses. Desafortunadamente solo había tres cuatros. Yo pasaba de todo, pensaba que era feliz, incluso salía con un chico.

Pero el tiempo fue pasando y lo peor llegó, una noche en un bar alguien se me acercó, me dio unas pastillas, me dijo que no pasaba nada, que con eso se me olvidarían las penas y males y que aguantaría mejor la noche, pero olvidé que esas pastillas traerían sus consecuencias.

Sábado tras sábado mi adicción aumentaba, no podía aguantar una semana sin consumir, las necesitaba, pensaba que con ellas me sentía mejor, pero realmente todo estaba en mi cabeza. Poco a poco me fui consumiendo a mí misma.

Si antes apenas hablaba a mi familia ahora lo único que hablábamos era para discutir, era ridículo, pero mi adicción me superaba y no lo podía evitar.

Por supuesto había olvidado mi carrera de pianista, pero en el fondo seguía sintiendo que la música y yo seguíamos unidas, el piano era mi mayor droga, pero el rencor que me traía al pensar en que había desperdiciado parte de mi vida me llevaba a rebelarme y he aquí el porqué de mi necesidad de droga: era aquel sustituto del éxtasis que me producía el sonido del piano, para mí era la armonía perfecta, pero aquella armonía me iba poco a poco matando por dentro.

Ese éxtasis que entendía como felicidad me estaba convirtiendo en mi propia muerte, una muerte que no iba a poder evitar, estaba segura de que iba a acabar mal, lo que no sabía era cuándo. Eran las cinco de la mañana del sábado, el día once de enero para ser más exactos, y entonces mi móvil sonó.

-¿Hola? ¿Sí? No oigo nada espere que salga del bar- no sabía quién era, estaba en mi bar favorito, todavía no había consumido nada así que entendí perfectamente lo que me decían. Era una recepcionista del 12 de octubre, de la sección de la UCI, tan solo me dijo una cosa, y colgó. -Su padre y su madre han muerto-

Me quedé en estado de shock, no sabía cómo reaccionar, tire el móvil al suelo con todas mis fuerzas y entonces empecé a llorar, ¿Qué había hecho con mi vida? ¿Realmente había

merecido la pena mi venganza? ¿Había valido la pena hacer sufrir tanto a mi familia? ¿Y todo para qué? ¿Para rebelarme?

En ese momento pensé que debía suicidarme, nada merecía la pena, mis amigos no eran realmente mis amigos, mis enemigos un día fueron mis mejores amigos, y mi novio tan solo se aprovechaba de mí, no tenía nada. Fui corriendo a la barra del bar, ahí encontré a la persona que hacía unos meses me había dado esas malditas pastillas, aquellas pastillas que destrozaron mi vida iban a acabar por fin de una vez con ella. Le chillé, le agarré del brazo y le cogí tantas pastillas como pude, me las metí todas de golpe en la boca y pegué un buen trago de Vodka, no lo pensé, simplemente me tragué todo de golpe, una bomba que esperaba que acabara pronto con mi vida.

SOL DO MI, SOL DO MI, SOL DO MI, LA DO MI, LA DO MI, LA RE FA, LA RE FA,
SOL #LA FA, SOL DO MI, SOL DO RE, RE LA RE, SOL DO MI...

-¡Se está despertando! ¡Funciona! ¡Funciona!, por favor no pare usted de tocar, por favor se lo pido, ¡Está funcionando! Es increíble, lo sabía, lo sabía, para ella no hay adicción más fuerte que la que siente hacia el timbre del piano, sabía que si escuchaba la sonata de Beethoven “Moonlight” se despertaría del coma. Cuando era pequeña mi hermana siempre me la solía tocar cuando estábamos a punto de irnos a la cama para relajarnos y dormir bien. ¡Pobre Ana!, la presión de la carta del Bolshoi la hizo creer que ese no era el futuro que quería, cuando únicamente ha nacido para eso.

-¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? ¿Qué hace un piano en medio de esta habitación? ¿Por qué tengo sueros y agujas por todo el brazo? ¿Roberto, qué estas haciendo tu aquí?-. Justo en ese momento, como un flash, me vino a la mente todo lo que había ocurrido, lo de mi ataque de locura y como me quede sin conocimiento en medio del bar. Me acordé también de la llamada que había recibido, y entonces me di cuenta de todo. Me levanté de la cama y me abalancé sobre el piano desconsoladamente, necesitaba tocar, necesitaba oír lo que era para mí la armonía perfecta.

Seis meses más tarde ahí me encontraba yo, delante de un montón de gente que solo había acudido al auditorio para oírme a mí, me encontraba en Moscú, con la mejor compañía para mí, el Bolshoi. Había conseguido mi sueño, superado mis baches, y estaba dispuesta a dar lo mejor de mí. Por supuesto, la armonía perfecta, en este caso “Moonlight”: aquella sonata que me hizo despertar de aquella vida.

ACCÉSIT: CLAUDIA SOBRADILLO (3° B)

LA ÚLTIMA GUERRA

El sol lucía como siempre, en aquel páramo verde; la brisa silbaba entre las montañas de la misma forma. Las noticias salían en la televisión, como lo habían hecho siempre. Era todo igual, un reflejo idéntico de lo que había sido antes un hogar para la raza humana. Desde aquel gigante rojo todo parecía volver al principio. Pero la realidad era muy distinta, allí, en nuestro antiguo hogar, nuestra especie ha sido dividida.

La Tierra, esa bola azul del sistema solar, la que nos dio la vida, se muere. Después de tantos milenios parece que llega a su fin. Hemos conseguido destruir en apenas unos años siglos de historia. Allí quedan nuestros ancestros; nuestro verdadero origen es bombardeado.

El rápido desarrollo de China y su aumento de población creó enormes problemas demográficos y económicos, lo que produjo una expansión militar, China era la primera potencia mundial por aquellos tiempos, y absorbió a su paso todos los pequeños países, ahora ocupa todo el continente asiático. Nadie puede parar a este gigante, su avanzada tecnología hace temer al enemigo.

Pero tanta población pide demasiados recursos, y en el mundo, no están solos.

No había día que no hubiera noticias sobre el agotamiento de los recursos naturales, y no quedaba espacio para cultivar tanta comida. El cambio climático era ya una realidad diaria, las tormentas, huracanes, tsunamis eran típicos. Los desastres ecológicos no acaban ahí: la nueva tecnología producía más contaminación. Las tormentas ácidas mataban y quemaban grandes hectáreas de bosques, las especies se extinguían, la vida era difícil, los países peleaban por conseguir un par de gotas de petróleo. Todo esto pasó demasiado rápido, y la guerra era inminente.

Por otra parte, Estados Unidos estaba dispuesto a pararle los pies. Era el único rival para esa terrible potencia.

He vivido oyendo y aprendiendo sobre lo que pasaba en la Tierra. Siempre me ha fascinado saber que venimos de allí, y por fin voy a cumplir mi sueño de viajar y trabajar como periodista de guerra. Sé que será peligroso, pero quiero lanzarme a la aventura.

Llaman a la puerta, me avisan de que ya se ve la Tierra, me asomo por la ventana y veo la grandiosa bola azul. Es enorme, mucho más grande que Marte. Creo distinguir América pero no estoy seguro, una capa de nubes recubre el continente, claro, es época de tormentas.

Nos preparamos para descender, tomo asiento y espero la bajada. Aterrizamos en una ciudad en ruinas, lo que era antes Washington D.C y donde está la sede de la NASA. Vienen conmigo unos cuantos compañeros para hacer el reportaje. Nada más salir del transbordador siento como si mi peso hubiera aumentado, la gravedad de la Tierra es mayor que la de mi planeta y me cuesta un poco caminar, el aire que respiro es sucio, y el cielo está gris. No se parece nada a las fotos que nos enseñan en el colegio. Me siento desilusionado por el tétrico aspecto que tiene este mundo, pero me resigno y nos dirigimos a una base subterránea, pero de repente el suelo empieza a temblar y un ruido ensordecedor pasa por encima de nuestras cabezas, veo la sombra de varios drones que vuelan en formación y más allá una fila de soldados. Nos llevan hacia la base, el coronel nos saluda y nos habla de un poco la situación política. Después de su aburrida charla, nos lleva a un laboratorio donde están probados nuevos trajes más resistentes. Nos explica con todo lujo de detalles las nuevas armas, los nuevos diseños de los androides y aviones. Le veo un brillo especial en sus ojos tras su rostro serio, le gusta, le gusta crear armas con las que matará gente. Él se siente orgulloso por cada uno de sus prototipos, pero yo me estremezco. Sé que ese mismo traje, esa misma bomba matará a alguien, a una persona, a alguien como yo. Pero aquí se piensa diferente. No existen la raza humana en sí, sino que está dividida. Nadie jamás pensaría en poder juntar a un asiático con uno de raza blanca, simplemente porque cada bando piensa que es superior al otro.

La voz del coronel me saca de mis pensamientos, señala a una habitación contigua separada por paredes de cristal ligeramente tintados y con una luz roja en el interior. Me explica que ahí están experimentando con virus, están creando armas bacteriológicas. Me quedo pálido, no creía que hubieran llegado a utilizar eso. Ya no me siento seguro, tengo miedo, me siento entre bestias salvajes que se quieren matar porque... ¿Por qué?

Realmente no sabía la causa de esta terrible guerra, sabía que había muchos factores, pero estaban al borde de su autodestrucción. Lo único que se me ocurrió fue preguntar, el coronel se quedó bastante sorprendido con la pregunta, pero luego contesto con mucha seguridad. Me explicó que quedaban ellos dos. Estados Unidos contra China. Europa fue aniquilada hacía mucho tiempo, solo quedan pequeñas colonias en las ciudades más importantes, pero ahora mismo Europa está abandonada y no es ninguna amenaza, la alta clase europea había ido de la Tierra. África había ido por un peor camino, no se llegó a desarrollar, y aunque tenía grandes cantidades de minerales, eran explotados por otros países

más ricos, África se hizo más pobre y junto al cambio climático se desertizó. En resumidas cuentas, el mundo tiene dos gobernantes, y uno debe de desaparecer.

Un soldado se acerca a nosotros y le dice algo al oído al coronel, seguidamente nos pide disculpas mientras se marcha. Otro soldado de rango superior nos lleva hacia la salida. Atravesamos un largo pasillo iluminado por unas luces blancas, nos explica que el coronel tenía una reunión importante. Pasamos por distintas salas, pasillos hay un gran revuelo; me paro delante de una puerta entreabierta y me parece distinguir el pelo rasurado del coronel, a su lado más oficiales, mantienen una disputa, y antes de que el soldado me retire de allí, me parece oír que China tiene previsto bombardeos por todo Estados Unidos, también oigo una voz grave que sugiere amenazarles con varias cabezas nucleares; "si quieren mostrarnos sus armas, también lo haremos nosotros. "Finalmente, llegamos a nuestras habitaciones, no paro de dar vueltas a lo que acabo de oír, parece que la tregua ha acabado antes de lo previsto.

No tengo noticias en los días siguientes, parece como si no hubiese pasado nada, así que me concentro en hacer mi trabajo. Admiro la tecnología tan avanzada que tienen, y me dedico a hacer fotos. Las semanas pasan y todo es normal, no hay sobresaltos y los soldados parecen tranquilos. Llevamos ya un mes en Washington D.C y, aunque la comida es pésima, cada día aprendo algo más sobre la Tierra. Todo es fascinante, me encanta estudiar la historia y ver cómo era la vida antes de la guerra. Una tarde, me encontraba viendo las maniobras de los aviones cuando en el cielo rojizo veo atravesar una estela, seguidamente de una luz que me ciega por unos segundos y un ruido atronador; Casi antes de que abra los ojos siento a alguien tirarme del brazo, me muevo entre soldados corriendo de un lado para otro, los tanques y los aviones se dirigen hacia el norte, los soldados y los androides les siguen en todoterrenos. El soldado sigue tirando de mí Al fondo veo el transbordador y a mis compañeros subiendo en él. ¿Nos vamos? El soldado me dice algo, pero no le oigo, estoy mareado y el ruido es ensordecedor. El soldado me señala la nave y me empuja hacia allí. Salgo corriendo, estoy a unos doscientos metros, y otra luz me vuelve a dejar ciego, el suelo tiembla y me caigo, el ruido esta vez es mayor. Me consigo levantar y sigo corriendo, llego a la escalerilla y me ayudan a subir.

Despegamos, y dirijo una mirada hacia afuera, veo en el cielo encendido los drones y en el suelo, distingo sombras de miles de soldados en formación. Cierro los ojos que se me están llenando de lágrimas, tengo mucho miedo, el cuerpo entero me tiembla, nos estamos alejando de la superficie. Los demás pasajeros no paran de hablar nerviosos, y señalan afuera. Yo no quiero mirar, pero tengo necesidad de saber lo que pasa. Veo la Tierra de lejos,

unas luces como fuegos artificiales salpican todo el territorio, según avanzamos vemos el continente asiático y está igual. Hemos salido a tiempo, unos minutos más y nos quedamos allí. Suspiro y me tranquilizo. Vuelvo a casa.

Guerras, superpoblación, contaminación, cambios climáticos, hambre, sequía, tsunamis, nuevas enfermedades, una catástrofe nuclear o una serie de armas bacteriológicas.

La Tierra, esa bola azul del sistema solar, la que nos dio la vida, se ha muerto. Después de tantos milenios llega a su fin. Hemos destruido en apenas unos años, siglos de historia. Allí quedan nuestros ancestros; nuestro verdadero origen es bombardeado.

ACCÉSIT: ENRIQUE JIMÉNEZ CASTILLO (3º B)

LA VIDA DE KATHERINE HOLL

Era una noche oscura, cuando oí un sonido. El teléfono estaba sonando, y como era de esperar, lo cogí corriendo, mientras esperaba el nuevo encargo.

- ¿Hola?- respondió una voz intranquila.

- Buenos días,- contesté- ¿en qué puedo ayudarle, señor...?

- Soy el señor Holl. Mi hija, Katherine, se está comportando de una manera un tanto extraña. No está quieta y tiene sudores fríos. La he llevado al médico y me han dicho que no tiene ninguna enfermedad, que era raro que se comportase así, y que no me podían ayudar. Me he informado y he descubierto que una posesión por un demonio te produce esos síntomas, y he visto que usted hace exorcismos, y...

- Espere.- le corté- Yo no hago exorcismos, eso no existe. Yo soy psicólogo, y ayudo a la gente a que solucione sus problemas mentales, ya que hay gente, sin ofender el nombre de su hija, que, o dicen que están poseídos para llamar la atención, o que su cerebro maquina una posesión que le produce alucinaciones. Esos son los primeros sintomas.

- Pero las posesiones sí que existen, la Biblia lo dice.

Después, me dio la dirección y me puse en camino con mi compañera Sammy. Ah, por cierto, yo me llamo Naigel. Sammy recogió los cachivaches y los metió en el coche.

Solo faltaban cinco minutos, cuando le dije a Sammy que el padre de Katherine creía en los demonios y las posesiones.

Nada más llegar, fui a hablar con Katherine, mientras Sammy estaba hablando con el padre de la chica, apuntando toda la información necesaria.

Cuando entré en la habitación, vi a Katherine hablando sola, con la mirada en el vacío, entablado una conversación con las paredes, o quizá con algún muñeco que no logré ver, aunque pensé en la primera opción.

- Hola Katherine, me llamo Naiger, y he venido a ayudarte.- le dije- ¿Con quién hablas, pequeña?

- Con mi amigo. Se llama Baalberith, y él me ayuda.- respondió ella- No lo puedo ver, pero lo oigo, y él me oye a mí.

- Pero Baalberith es un demonio, y eres muy mayor para creer en esas cosas.

- Solo tengo 12 años, y sí que existe, llevamos jugando mucho tiempo.

- Bueno, yo te ayudaré a que se vaya.

- Pero él no quiere irse, y yo tampoco quiero que se vaya, es mi amigo, y me quiere, igual que yo a él.

-Pero tu papá no lo quiere, y se preocupa por ti. No quiere que tu amigo te haga daño. Eso lo entiendes, ¿verdad? Además, ese demonio es malo. Los demonios son así por algún motivo.

La niña no entraba a razones. A sí que decidí dejarlo para el día siguiente.

Cuando salió el sol la niña estaba al lado de mi cama, mirándome, y me dijo:

- ¡Largaos de aquí si no queréis sufrir!

Entonces, salió corriendo. Yo la seguí hasta su habitación. Y la vi, sentada en la cama, cantando una canción que me ponía los pelos de punta. Le pregunte por qué me había dicho eso, y ella me respondió que no me había dicho nada.

Por la tarde empezó otra conversación con la niña.

- Katherine, los demonios no existen, solo es tu cabeza que se está haciendo ilusiones, y tu padre se está poniendo muy nervioso, será mejor que si es una broma pares, y si no, yo te ayudaré a solucionar tu problema.

Entonces la cara y la actitud de la niña cambiaron a una más violenta.

- ¡Yo no estoy loca, y mi amigo no se va a ir!- empezó a chillar.

- Olvídalo ya, no existe ese Baalberith, es solo tu imaginación, puede ser que te lo estés inventando, y si es así para ya.

- ¡Déjame en paz! ¡Tú sí que estás loco! ¡Tú, tu amiguita y el imbécil de mi padre! ¡Moríos todos!

En ese momento entró el padre llorando, y por detrás Sammy llorando asustada.

- Está poseída, y el único modo de terminar con su sufrimiento es...- dijo el padre.

Entonces saco una pistola y la apuntó a Katherine, dándole un tiro en la cabeza.

En ese mismo instante cayó sobre la cama Katherine. Sammy, llorando fue a comprobar el pulso de Katherine, con un resultado negativo.

- ¿¡Que has hecho!?- chilló Sammy llorando sobre la cama, agarrando la mano de Katherine. Sammy fue corriendo a abrazarme, mientras yo estaba atónito, intentando creerme el escenario. Había sido testigo del crimen de una niña solo por una locura de esta y un padre desquiciado.

El padre, de espaldas a la cama, nos miró llorando, asimilando que había matado a su hija, cuando el cuerpo de esta se abalanzó hacia su padre, mordiéndole la yugular, dejándole desangrándose en el suelo rosa enmoquetado de la habitación.

La niña tenía una piel pálida, con unos ojos completamente negros. Sammy y yo corrimos hacia la puerta de la habitación, mientras tirábamos pequeños objetos como libros a la niña, que venía a cuatro patas hacia nosotros. En un intento de escapar, Sammy le tiró una pequeña cruz, que dio en la cara de la niña. La cruz se quedó pegada en el rostro de esta, mientras se veía un hilo de humo.

Salimos de la habitación, y la cerramos con llave, además de bloquearla con un montón de muebles del pasillo, una mesita, un armario, etc. Para rematar, clavamos una cruz con Jesucristo en la puerta.

Bajamos al piso de abajo, hacia la dirección del teléfono, y llamamos a la iglesia y a la policía. Esperamos escondidos, y no vimos a nadie. Pasaron horas. Fuimos hacia la puerta, pero esta estaba cerrada y bloqueada con tablas, cuando de repente se fue la luz.

Cogimos una linterna, cuando vimos a la niña delante de nosotros.

- Katherine, ¿qué...?

- ¡No me llamo Katherine!- me interrumpió.

- ¿Y q... quién eres?

- Sabes perfectamente quien soy. Me llamo Baalberith. Sabes muy bien lo que busco.

- Quieres libertad, ¿no es así? Quieres destruir el mundo igual que otros.

- No, quiero destruirte a ti. Quisiste echarme, separarme de esta niña, y ahora que habéis dejado su cuerpo libre, podré destruirte, y después crear a un nuevo dios, un dios que nos libere.

Entonces Sammy, ingenua de su futuro se acercó a Katherine, cuando esta la cogió de la cabeza, se subió a sus hombros, y saco Sammy de su bolsillo una cruz, y se la puso en la mano a Katherine, y después la tiró al suelo. Entonces Sammy intentó contraatacar, pero acabó perdiendo la cabeza, otra vez, dejando caer la cruz a mi lado. Intenté la misma táctica otra vez, pero con un resultado excelente. Le hice tragarse la cruz, y, aunque en el intento perdí un dedo, puedo dar gracias de que tuviese su padre un montón de crucifijos por toda la casa.

Conseguí alcanzar uno y se lo puse encima del pecho. Llegué a pensar que había destruido a un demonio.

Me retiré para no llevarme más sustos, y hoy, el día del funeral de Sammy, puedo decir que un demonio es invencible.

Dos meses después...

Me encuentro terminando mi pequeño relato en un psiquiátrico, donde intento olvidar el trauma, y el demonio que escucho por las noches.